

ENRIQUE DE VEDIA V.

RECTOR DEL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY; EXPROFESOR EN LOS COLEGIOS NACIONALES CASA
CENTRAL Y SECCIÓN NORTE Y EN LA ESCUELA NORMAL DE PROFESORES DE LA CAPITAL FEDERAL

—:—

CONFERENCIAS

—

Buenos Aires

IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE DEL PERÚ — 684

—
1900

CONFERENCIAS

ENRIQUE DE VEDIA V.

RECTOR DEL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY; EXPROFESOR EN LOS COLEGIOS NACIONALES CAS:
CENTRAL Y SECCIÓN NORTE Y EN LA ESCUELA NORMAL DE PROFESORES DE LA CAPITAL FEDERAL



CONFERENCIAS



BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS

684 - CALLE DEL PERÚ - 684

—
1900

Á MIS ALUMNOS

Enero 1° de 1900.

1° DE MAYO DE 1899 ⁽¹⁾

Se ha empezado por el himno de la patria, porque esta es, ó debe ser, una fiesta nacional, — y ya que del Uruguay partió la chispa que iluminó á la República con la luz auroral de una era libre, parta de aquí también la iniciativa para una campaña reivindicadora que la justicia reclama y á que la gratitud obliga.

Recójánla quiénes pueden darle fuerza y

(1) Ante una concurrencia de 800 personas aproximadamente, que escucharon con todo respeto nuestro himno patrio, dió lectura el señor Vedia á la siguiente conferencia, que fué transcrita por casi todos los diarios y revistas de Entre Ríos y por algunos de la Capital federal. (*Nota del editor.*)

vaya esta idea á golpear los hogares que la tiranía de Rozas, en su tiempo, llenó de lutos y de lágrimas por el asesinato ó por el destierro !

Entretanto vamos á charlar un rato amigablemente, como que casi podría decir que estamos en familia, sobre las causas que determinan, en mi espíritu sin prevenciones, aquel juicio que acabo de emitir.

Mucho y honda y acerbamente á veces se ha discutido la figuración política del vencedor de Caseros y uno de nuestros más grandes educacionistas, ofuscado en su noble ministerio por la absorbente pasión de la política partidista, ha pretendido presentarlo á los ojos de la juventud como un caudillejo vulgar.

Semejante criterio cabe siempre, — trátase de quien se trate, si ha de juzgarse la obra de un hombre, falible, por su misma naturaleza, de cualquier error, — y así hemos visto que

uno de nuestros más geniales historiadores, llama á Napoleón, ¡á Napoleón el grande! saltador de caminos que nada tiene que envidiar al ladrón más afamado de la gran Sierra Morena !...

Y no es extraño á semejantes juicios el de nuestro sabio jurisconsulto y chispeante conversador que, por no sacrificar un chiste, clasificó de *zonzó* al gallardo general argentino creador de nuestra enseña patria en la batería Independencia y en las márgenes del río que tomó por nombre aquel sublime, ratificado juramento.

El día en que se acallen egoismos y emulaciones, el día en que el criterio tránquilo é imparcial del historiador juzgue la colosal trascendencia que tuvo en nuestro desenvolvimiento político el movimiento libertador iniciado aquí el 1° de mayo de 1851, ha de surgir en el espíritu de los hombres del porvenir la triste idea de que hemos sido,

quizá, partidarios de la tiranía los que dejamos, al que de ella nos libró, reducido á la triste figuración de caudillo provincial.

No ! hay algo de más grande en la acción política del general Urquiza, y los hombres del presente estamos en la obligación ineludible y grata de adelantarnos á la sanción que vendrá, rehabilitando lo que es gloria común como que á todos beneficia por igual.

Alguien podría objetar que sería anticiparnos, y bien ¡ mejor ! — y tratándose de un hombre que cometió graves errores, — también tiene manchas el sol — es obra sana y noble juzgarle por el bien que hizo y no escudriñar afanosamente en el gran cuadro de su múltiple acción, las pinceladas de sombras y los tintes de tinieblas que al fin son propios de la conciencia humana !

Se ha dicho por un sabio profesor y fervoroso creyente que « todo pueblo sin pan está dispuesto á derribar la tiranía que lo empo-

brece » y yo modificaría el concepto, afirmando terminantemente que : todo gran pueblo sin libertad está siempre listo para derribar la tiranía que se la conculca á condición de que una cabeza dirigente le indique el camino.

Tres siglos de dominación colonial engendraron en nuestro país, que era y es la síntesis de la América representativa, el colosal estallido de 1810, que lanzando su grito de *Patria* bajo las arcadas del Cabildo de Buenos Aires fue repitiendo sus triunfadores ecos por la Banda Oriental, el Paraguay, Chile, Perú y Bolivia para extinguirse viniendo aun « en la nevada sien del Chimborazo ».

¿ Quién puede reclamar la gloria de iniciador del movimiento de mayo ? Nadie, en verdad, que aquel hondo sacudimiento social no tuvo en su explosión más guía que el sentimiento de patria y libertad.

De raza hidalga y generosa, la estirpe se perpetuaba en los hijos, amalgamados á tales sentimientos la altivez natural de nuestro tipo primitivo.

Vencedores en la contienda libertadora que nos daba la patria, que era el ideal, la bandera argentina, «loado sea Dios! no atada jamás al carro de ningún vencedor de la tierra », rompiendo cadenas y libertando pueblos, llegó hasta el Ecuador para regresar inmaculada.

La inexperiencia consiguiente á la ignorancia del gobierno propio, aunada á las ambiciones, naturales quizá en quienes pretendían por una ú otra razón el derecho á gobernar, engendró en nuestro país aquella larga noche de anarquismo que, iniciada con el primer grito de libertad, llegó á su apogeo en el caótico año xx, para cerrarse con la más brutal, grosera y torpe de las tiranías que la historia de la humanidad registra.

Habíamos sacudido el yugo extranjero, bien liviano en comparación al que la tiranía de Rozas nos impuso, y nos encontrábamos de nuevo á la espera del hombre que rompería ese yugo.

En el período colonial, digámoslo porque es cierto, ¿se carecía de libertades? ¿se carecía de garantías á la vida y al honor? — en realidad, no. Eran los derechos naturales, eran los derechos políticos, era el gobierno propio lo que justamente se quería y lo que debía llevar, puesto en acción, á aquel grande, irresistible estallido de mayo, « que los gobiernos políticos para tener eficacia deben surgir de las entrañas de la sociedad y no ser impuestos caprichosamente á los pueblos! »

Pero durante la luctuosa tiranía de Rozas, la única y exclusiva libertad radicaba en el capricho sin límites del tirano, para el cual los más conspicuos ciudadanos apenas

si representaban el valor de un abrojo que se arranca con el pie y en quien el límite para los respetos al honor y á la dignidad, en los hombres como en los hogares sacrosantos, estaba fijado por su saciedad de sangre y por su hastio de venganza, si alguna vez lo sintió. ¡ Maldito sea en la historia y en el corazón de los argentinos hasta en la postrer generación !

Quiero y debo pasar por alto los errores que el general Urquiza cometió, porque voy á ocuparme aquí, como cuadra al aniversario en que nos encontramos, de la grande figura del vencedor de Caseros.

No excluye este temperamento la censura que aquél merece por errores que quizá el partidismo abultara y que, posiblemente, más que la manifestación de un temperamento, son quizá la lógica consecuencia del momento histórico en que le tocó actuar y

de la naturaleza de los elementos que debía combatir ó poner en juego.

¿El fusilamiento del coronel Dorrego, anula ó apoca la figura, más que nacional, americana del gallardo general Lavalle?... ¡ El fusilamiento del coronel Dorrego es un hecho aislado en nuestra vida embrionaria ! pero la acción fecunda del general Lavalle, grande y heroica, queda como un reguero de glorias en la historia de la patria !

El fusilamiento del defensor de Buenos Aires, por no hacer larga la lista, decretado por el inmortal secretario de la primera junta, es por ventura un crimen acaso?...

El fusilamiento de Liniers, como todo fusilamiento : bárbaro ! era un acto necesario « á la salud de tantos millones de inocentes » y en tanto la acción política de Mariano Moreno, esplendente y genial, queda como un surco de luz en nuestra historia !

Pago Largo, Sauce, India Muerta y Vences, si no prepararon la grande jornada, acariciada desde mucho antes de hacerla práctica, se compensan largamente con sólo la campaña que empezó aqui el 1° de mayo del 51 y se coronó en Caseros el 3 de febrero del 52.

Caseros era una grande aspiración reprimida ; nuestras madres, en sus oraciones al Dios de las alturas, ofrecían sus hijos para la batalla libertadora que la patria ansiaba, y desde el ostracismo, no ordenado por sanción plebiscitaria, como en los tiempos de la antigua Grecia, sino decretado por el pavoroso capricho del tirano, Varela, asesinado por Rozas, Echeverría, Mitre, Sarmiento, Frias, Cané, Rodriguez Peña, y tantos y tantos más, fulminaban al tirano cuyo proceso era un anatema que sublevaba todos los sentimientos de la venganza y del odio, acallando, en absoluto, los que la conmiseración inspira.

Por eso Rivera Indarte publicaba, en un

patriótico estallido de cólera explicable, aquel célebre folleto intitulado : *Es acción santa matar á Rozas* y si bien hay algo de monstruoso en esta verdadera sentencia de Talióñ, ella es como una síntesis del pensamiento que en nuestros hombres de la época inspiró la tiranía !

Urquiza, como gobernador de Entre Ríos, y agente político del gobierno de Rozas, debía prestarle su adhesión, pero cuando la campaña libertadora del general Paz fracasaba el año 45, Urquiza, vencedor en ella, firmaba el famoso convenio de Alcaraz que había de irritar al tirano afirmándose en él en las sospechas que abrigaba contra « la fidelidad del gobernador Urquiza » de quien públicamente se decía que *había dado vuelta el poncho* y á quien, en una retreta en Buenos Aires, se le gritaban *mueras por traidor*.

Nótese bien, señores, que me refiero á sucesos del año 45 y ya la suspicacia infalible

del tirano entreveía ó presentía la futura actitud del general Urquiza.

Conocida es de todos ustedes la práctica que había establecido Rozas renunciando anualmente al *duro* y *penoso* sacrificio del mando, para buscar así solidificar aparentemente su gobierno y perpetuarse en él.

· · Cuando en 1850 repitió la grotesca farsa de su renuncia, transmitida á conocimiento de todos los gobiernos provinciales, el general Urquiza, que tenía ya planeada su trascendental revolución, le aceptó la renuncia por su parte y en cierto modo, en una nota y decreto que lleva la fecha inmortal de mayo 1° de 1851.

Lanzado este primer disparo, el general Urquiza entró de lleno á la consecución de sus propósitos y á los 25 días, en el del glorioso aniversario, publicó un proclama á todos los pueblos de la República incitándolos

á la campaña libertadora. — Sólo Corrientes, la heroica, adhirió al llamado, pero todas las demás provincias permanecieron fieles al tirano, porque no sólo el sojuzgamiento impuesto en la época sino el temor, quizá, de caer en una celada propia de él, las contuvo de adherir al patriótico propósito.

No desmayó Urquiza por semejante contratiempo, y en junio dejó pactado con el gobierno de Montevideo la campaña contra Oribe, que cayó también!

Desplegando luego una pasmosa actividad organizó su ejército que empleó quince días en pasar el Paraná, para seguir, á banderas desplegadas y paso de vencedores, de triunfo en triunfo, hasta el campo de Caseros en que dió la gran batalla.

Cuarenta y cinco cañones y 24.000 soldados seguían al general Urquiza en aquella marcha memorable terminada con el *alto!* del 2 de febrero, para tender las líneas del

combate que empezó á las 9 de la mañana del día 8, iniciado por la artillería al mando de Chilavert.

Tenaz y ardorosa fué la refriega que terminó á las 3 de la tarde, — de una tarde que era una aurora, — triunfando, en toda la línea, las armas aliadas de la libertad !

Rozas había caído por fin ! — no sin producir, en su caída, centenares de cadáveres.

Desde el fondo de nuestras almas imploramos el perdón de la divina providencia y otorguemos el que debe estar en nuestros corazones para aquellos desgraciados que, por ofuscación ó por terror, defendieron al tirano en los campos de Caseros !...

Vino después de aquel fausto día la organización de los poderes públicos en la provincia de Buenos Aires, y Urquiza, dueño absoluto de la situación, la puso sin restricciones, en manos de hombres de la talla mo-

ral de don Vicente López que, como gobernador interino primero y elegido después, nombró sus ministros á los doctores Valentín Alsina, Benjamín Gorostiaga, Vicente Fidel López, y otros que han llenado el escenario político de nuestra vida nacional.

No eran, pues, estrechas ni absorbentes ni dominadoras las miras del Libertador y sin embargo no lo creyeron así los que, quizá víctimas del localismo de la época, — felizmente para siempre desaparecido, — provocaron aquella desgraciada é inconsulta reacción que envolvió á nuestro país en las tinieblas de la guerra civil; que rompió la unidad nacional y que, si produjo á Cepeda y á Pavón, retardó por mucho el momento de nuestra definitiva organización política.

Rechazado por Buenos Aires el acuerdo San Nicolás, quedaban de nuevo tendidas de las líneas; la gran provincia separada de la Confederación y apuntando de nuevo el

período de anarquías que siguió al movimiento libertador de 1810, — anarquías que Urquiza habría conjurado si hubiera podido realizar su ideal : fijar los destinos del país con una Constitución política definitiva.

Ha de permitirseme al llegar á esta parte de esta conferencia — demasiado larga ya, y quizá fatigosa para el bondadoso público que me escucha—que cierre las apreciaciones hechas sobre los acontecimientos de que me he ocupado, con un pequeño fragmento del mensaje que el general Urquiza, — elegido Presidente de la Conferación Argentina, — remitió al Congreso de Santa Fe cuando al instalarse éste, el 20 de noviembre se vió impedido de asistir reclamada su actividad en otro rumbo por los sucesos que á la sazón se desarrollaban .

Decía el general Urquiza :

« La sinceridad, de mis intenciones res

pecto al pueblo de Buenos Aires, está demostrada con mi conducta. — Al asumir el mando el día 26 de julio, despojé la autoridad de todas aquellas prerrogativas cuyo abuso había causado tantas desgracias — Dicté una ley de olvido en favor de todos los ausentes de la patria, sin excluir á nadie. . .

.
«Abri los rios á todas las banderas extranjeras, habilité sus puertos, aboli las aduanas interiores y reconocí como un hecho consumado, la Independencia del Paraguay.

« ¡ Porque amo al pueblo de Buenos Aires me duelo de la ausencia de sus representantes en este recinto. — Pero su ausencia no quiere significar un apartamiento para siempre : es un accidente transitorio !

« La geografía, la historia, los pactos, vinculan á Buenos Aires al resto de la nación. Ni ella puede vivir sin sus hermanas ni sus hermanas sin ella.

«En la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas, pero no puede eclipsarse una sola. »

Los sucesos que se desarrollaron después no son para tratarlos en este momento que he creído deber dedicar á honrar la memoria gloriosa del que derrocó la tiranía abriendo con su espada triunfadora el periodo de la paz, del trabajo y de la libertad que ya colocan á nuestro país á la cabeza, distanciadamente, de todas las naciones de la América del Sud.

Para honrar su memoria, contribuyendo en la esfera de mi acción, á perpetuarla más, si cabe, en esta casa que él fundó, queda inaugurada desde hoy una Biblioteca interna que se denomina «General Urquiza» (1) y que

(1) La «Biblioteca General Urquiza» quedó constituida de acuerdo con las siguientes disposiciones dadas por el Rector señor Vedia :

« El Rector del Colegio Nacional, atendiendo al con-

está destinada exclusivamente á auxiliar, en lo posible, á los jóvenes menesterosos que vienen á estudiar en este colegio que aquel

siderable número de alumnos que, por pertenecer á familias pobres, carecen de los recursos indispensables para adquirir los textos de estudio necesarios para seguir los cursos de este colegio ;

« Que en tales circunstancias el aprovechamiento de los mismos tiene que reducirse con grave perjuicio para el alumno y para los fines que en este establecimiento se persiguen ;

« Que si bien es cierto que la Nación costea ampliamente la instrucción de los jóvenes educandos, ello no basta en los casos en que estos no pueden aprovecharla por la razón indicada, y finalmente ;

« Que entendiendo subsanar dificultades, fácilmente allanables por el concurso generoso en cualquier medida y perseverante sin límites de los que encaran la instrucción de nuestros jóvenes con el altruismo á que ella y ellos son legítimamente acreedores, y á cuyos nobles sentimientos apela, resuelve :

« Art. 1º. — Fúndase en el Colegio Nacional del Uruguay una biblioteca que, en honor al fundador de este Colegio, se llamará « Biblioteca General Urquiza ».

« Art. 2º. — Esta biblioteca se formará con las donaciones, de libros y dinero que se hagan á este objeto, y estará constituída exclusivamente por obras de texto adecuadas á los estudios que en este colegio se siguen.

« Art. 3º. — Las obras que contenga esta biblioteca se facilitarán únicamente á los alumnos que eviden-

gran entrerriano fundó en la sublime esperanza de trocar en el pueblo de sus amores

cien su condición de menesterosos, en las condiciones siguientes :

« a) Solicitada y concedida una obra se entregará, en calidad de préstamo, bajo recibo que otorgará el padre ó tutor del solicitante responsabilizándose de su devolución ó en caso contrario de su restitución así que le sea exigida.

« b) Estas solicitudes se harán ante el señor vice Rector del colegio quien acordará ó desestimaré el pedido.

« c) Todo libro obtenido en estas condiciones deberá presentarse á inspección los días sábado, después de clases, quedando facultado el señor vice-rector para reintegrar á la biblioteca cualquier libro prestado, en caso de que su conservación sea desatendida ó que el poco aprovechamiento que de él haga el alumno que lo posea, lo aconseje.

« Art. 4º. — Las donaciones de libros y de recursos que se reciban destinados á esta biblioteca se harán conocer inmediatamente de recibirlos fijándose en sitio visible, en el Colegio, el balance mensual de los fondos de la misma. Estos se destinarán con preferencia á la adquisición de textos destinados á los cursos de 3º y 4º y especialmente de 5º año de estudios.

« Art. 5º. — La « Biblioteca General Urquiza » será inaugurada el día 1º de mayo próximo, quedando fundada desde la fecha con la base de las siguientes donaciones que hace el Rector del Colegio. (Sigue la nómina de los libros donados). — Colegio Nacional, abril 29 de 1899.

la lanza y el montonero por el libro y por el ciudadano.

Señor Director de la banda :

Eche Vd. dianas en honor á la grande figura del vencedor de Caseros : el fundador de este Colegio Nacional.

He terminado.



25 DE MAYO DE 1899 ⁽¹⁾

Jóvenes alumnos del histórico Colegio
del Uruguay

Decid conmigo : ¡ Viva la patria !

(1) De acuerdo con la disposición rectoral de fecha 20 de mayo, que se encuentra en la página 4ª, en la mañana del día 25 se tocó la campana de llamada á las 5.40 a. m., concurriendo al colegio la completa totalidad de sus alumnos.

A la hora precisa el señor Vedia acompañado del vice-rector señor Alvarez y de algunos profesores se dirigió, al frente de la columna formada por sus alumnos, hacia el centro de la plaza Ramírez, donde los 1500 niños de la Escuela Normal y escuelas primarias cantaron, en forma irreprochable, nuestro glorioso himno patrio. Terminado éste y en medio de aquel solemne y reconfortante espectáculo, entre las salvas y las dianas al Sol que aparecía, el rector señor Vedia dirigió á sus alumnos la siguiente alocución. (Página 104 del libro sobre las fiestas realizadas en el Colegio del Uruguay con motivo del 25 de mayo.)

¡ Viva la patria! que en menos de un siglo ha transformado su fisonomía política; su fisonomía moral; su fisonomía intelectual y hasta su aspecto físico; como que ha reemplazado el gobierno represivo monárquico y estrecho de tres siglos, por la amplia forma de gobierno republicano representativo que hoy la rige y que constituye la más alta nota en las conquistas del derecho moderno; como que ha sustituido el espíritu raquitico del monopolio colonial con la más completa libertad á todas las actividades; como que ha conquistado y permitido lo que antes se prohibió y que constituye el más grande y enaltecido comercio en el mundo: el comercio libre de las ideas libres! y, finalmente, como que hasta su fisonomía física ha transformado porque ha encauzado ríos, porque ha nivelado valles y montañas con el nivel de las vías férreas; porque ha acortado distancias,

encerrándolas dentro de su colosal red de ferrocarriles y telégrafos; porque ha bifurcado, aun más, su magnífico sistema hidrográfico, destinándolo á fertilizar campos estériles y porque ha llenado sus inmensurables llanuras de pueblos trabajadores; de hombres libres; y de ideas grandes !

En 89 años de vida independiente hemos pasado por todas las crisis de los pueblos que se forman, pero hoy por fin, y cada vez más, podemos contemplar llenos de orgullo constituida y grande la patria; gloriosa en la guerra y bendecida en la paz nuestra bandera, que, naciendo escarapela en tal día como hoy del año 10 ha recorrido, con el sol de la libertad entre sus bandas, todas las naciones hoy libres que, en la América española, han sido como un engendro del colosal movimiento de 1810.

Por eso el aniversario que hoy festejamos es grande para los argentinos, y es grande

para la América entera, y es grande para la causa de la humanidad también!

La revolución de Mayo no es, como se ha dicho, la resultante de dos tendencias antagónicas: es el triunfo irresistible y grande de una sobre la otra y este triunfo habria sido más inmediato, más eficaz y menos doloroso si nuestros antepasados, de la gloriosa epopeya, hubieran tenido la ilustración siquiera que hoy se da á nuestros niños hasta en el último rincón de la República.

La ignorancia propia de la época, engendró indecisiones, perplejidades y errores que no bastaron á compensar la bondad de la intención, patriótica siempre aunque mal dirigida en la mayoría de los casos, como que se ignoraban hasta teóricamente los rudimentos más elementales de la ciencia política.

No sabemos qué conflictos pueden acechar

á nuestra patria en el futuro, pero sean ellos cuales sean, buscad desde ya, en el libro que instruye y enaltece y abre al espíritu nuevos horizontes, la solución posible á todos los problemas, y como el más honrado de los consejos que nadie puede dar y como la síntesis de todos mis pensamientos en presencia de los jóvenes que tienen por delante una vida de esperanzas, escuchad esta palabra, guardadla en vuestros corazones sanos, haced de ella la ley de vuestra vida y marchareis sin tropiezos á vuestra estrella polar, que debe ser el engrandecimiento progresivo de la patria : ESTUDIAD !

Estudiad sin descanso, estudiad sin desfallecimientos. El porvenir está en vuestras manos, en las que los hombres del presente, al abrir las filas para recibirnos, depositaremos mañana, á nuestra vez, las gloriosa herencia de sin iguales glorias amontonadas

sobre nuestra inmaculada bandera, desde el
25 de Mayo de 1810 !

Jóvenes alumnos del histórico Colegio de
Uruguay, decid conmigo : ¡ Viva la Repúbli-
ca Argentina !!



28 DE JULIO DE 1899

QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN
DEL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

Alumnos del Colegio Nacional del Uruguay :

Como acto de reverencia á la augusta memoria del fundador de este Colegio Nacional, poneos de pie (1).

Si grande, si benéfica fué la concepción genial que llevó á fundar este colegio, lo dice su medio siglo de existencia no interrumpida, durante la cual ha dado al país los

(1) La concurrencia que asistió á las fiestas del colegio y que en este momento no bajaba de 2000 personas se puso de pie, mientras las bandas militares batían dianas.

hombres que más y con mayores títulos han descollado, en las múltiples actividades de la vida nacional.

Cabe á Entre Ríos esta positiva gloria educacional, y siendo la instrucción del ciudadano el ideal supremo á que los pueblos tienden, es axiomático que allí donde á ese sublime ideal se propende, allí hay una gloria inmarcesible.

El colosal desarrollo alcanzado en nuestro país por la instrucción pública, hasta colocarnos muy arriba sobre las demás naciones de la América del Sud, ¿no reconocerá como posible causa, ó como poderoso estimulante la existencia de este verdaderamente histórico colegio nacional?

Quizás no es difícil demostrarlo, — entretanto la fundación de este colegio, reveladora de una potencia visiva superior, señala cuando menos el punto de partida de nuestra instrucción pública nacional, y es en to-

da verdad no sólo el primero y firme paso en ese camino, sino el más trascendental acto educativo, realizado por los gobiernos que tuvo nuestro país desde aquella luminosa alborada de 1810, hasta mucho después de nuestra definitiva organización política.

Y se explica fácilmente el aparente fenómeno sociológico, desde que se piense un momento en que las actividades de aquellos hombres á quienes les tocó actuar durante el largo período embrionario, antecedente á nuestra constitución política, estaban solicitadas en rumbos antagónicos á los que la sacrosanta educación señala, y esa misma consideración axiomática, que al par importa la consiguiente indulgencia para con los que despreocuparon, por la fatalidad de las cosas, nuestra instrucción pública, acrecienta á mis ojos el hermoso acontecimiento que hoy festejamos en su 50° aniversario.

No discutamos la figuración, la actua-

ción política del gran soldado que en Caseros, á semejanza del conquistador antiguo, cortó de un sablazo aquel verdadero nudo gordiano que durante una larga década nos tuvo atados al ominoso yugo de la brutal tiranía, no! no es esta la ocasión ni el sitio para reabrir ese proceso, hoy fallado por el discernimiento tranquilo de la gratitud nacional.

Pero, siquiera sea someramente, evoquemos mis amigos, el lúgubre cuadro que 50 años atrás ofrecía nuestro país desquiciado, anarquizado, absorbido por los antagonismos enconosos y profundos de mil partidos en lucha; sumido en las tinieblas pavorosas de la tiranía; combatido por el indio en las campañas y por el caudillaje en los centros poblados; extenuada por el saqueo su vitalidad económica; suprimidas sus fuentes de producción para el intercambio comercial, y decapitado, por el entronizamiento de Rozas, — como un cáncer social, — en

la antes grande y heroica Buenos Aires.

En paralelismo con el sol, la marcha de la civilización humana iluminando pueblos, ha partido del oriente y se ha dirigido hacia el occidente, hasta ser interceptada por el continente americano, cuyo eje, contrario á los de Europa y Asia, intercepta las corrientes de los mares, las corrientes de los vientos, y por fuerza debía también interceptar las corrientes de los pueblos. Hoy mismo y quizá por mucho tiempo, la civilización continúa llegando á nosotros por el oriente siguiendo su marcha paralela al sol.

Como un faro en aquella borrascosa noche de la tiranía, surgió en el oriente de nuestro país, cual una aurora también, y en el rumbo en que la luz asoma, este Colegio Nacional que debió parecer á los pensadores de la época, nuncio de venturas, lampo de luz civilizadora, irradiación magnífica del progreso moral en marcha!

¡La fundación de este Colegio Nacional en pleno año de 1849! Para apreciar de su importancia, de su significación y de los méritos que sobre su fundador refleja, hay que reconstruir el cuadro que ofrecía nuestro país en aquel triste periodo de nuestra historia. Hasta el barón d'Holbach, el de la pérfida teoría sobre la Magdalena bíblica, había de excusar errores, en mérito á lo grande del propósito y á lo levantado del móvil, para discernir las mejores palmas, las más verdes y las más frescas, al que sin pensar en la gratitud contemporánea, fundaba este colegio para decir poco después, con la clara visión del porvenir: « Cuidemos esta casa porque de aquí han de salir las generaciones que la patria espera ».

Y salieron, en verdad, los primeros en la ciencia médica; los primeros en el arte humanitario del derecho; los grandes luchadores por la educación popular, los grandes

claro videntes en los sorprendentes recursos de la ciencia política!

A ellos en parte principal se debe la denominación universal con que se designa á este colegio: ¡Histórico!

Hoy sanciona el tiempo tan hermosa calificación, pero es necesario, mis amigos, justificarla sólidamente hasta imponerla para siempre por la fuerza irresistible de los triunfos que la suerte nos depare en medio á la grande lucha que esa misma suerte nos señala también.

Es necesario no envanecerse demasiado con los laureles que ha podido cegar este colegio más ó menos fácilmente, pero serán inmarcesibles los que pueda agregar en adelante á su ya hermosa corona, si tiende éficientemente hacia el gran ideal que le está señalado, por lo mismo que supo mantener en alto su bandera.

Este colegio ha triunfado sin adversarios;

es necesario que triunfe en la grande lucha que debe acometer. Su acción más luminosa se desenvolvió en una verdadera noche de ignorancia, pero es que en las noches, cuanto más obscuras, más radiantes los soles sobresalen.

Su existencia actual, en plena luz civilizadora, exige perseverante afán para marcar su estela,—¡sólo el Sol sobresale entre los soles!

En la célebre década de Larroque, sin amenguar en nada sus evidentes valimientos, ¿qué institutos habian en nuestro país, capaces de competir con el último de nuestros actuales colegios nacionales, que no fuera este mismo Colegio Nacional?

¿Qué instrucción se daba entonces á nuestra juventud y de qué medios se disponía para ello, comparados con la vasta instrucción que hoy se ofrece á la juventud argentina hasta en el último rincón de la República?

Luchar y descollar entonces, no fué, no, hazaña superior para este colegio que tan fácilmente se conquistó el glorioso título de histórico ! Luchar y descollar ahora, frente á frente de los grandes institutos similares que día por día se perfeccionan más, por la acción eficiente y tenaz y patriótica del excelentísimo gobierno de la nación, eso será triunfar !

Empeñaos noblemente, jóvenes alumnos, en descollar en esta época en que cada ciudadano es casi un maestro y cada maestro un sabio, desde que la educación popular igualadora, es una magnífica realidad en nuestro país progresista.

Cuando triunfeis, cuando triunfemos en esta lucha, entonces tendremos más y más justos títulos de orgullo, que los que pudieron ostentar aquellos de la célebre década, — década que no podría resistir, ni con mucho, á un balance de merecimientos y de

conquistas, puesta frente á frente á la década con que cierra este colegio su medio siglo de existencia!

En este honrosísimo puesto en que me encuentro lleno de fe y lleno de todas las energías y, ¿por qué no decirlo? atribulado á veces por la tremenda responsabilidad contraída que crece y crece y se agiganta más, tengo un ideal supremo! como una estrella polar! como una ambición sublime! Formar de cada alumno, no un ciudadano espartano sino un ciudadano argentino, legítimamente orgulloso y altivo de serlo y de pertenecer á esta grande y generosa patria, dueña de la historia más pura y más gloriosa, de cuantas la historia de la humanidad registra!

De las páginas de la nuestra surge una enseñanza sugestiva. Como dos rios que mezclan sus aguas para formar uno, como el Paraná y el Uruguay forman el Plata, — marcharon un largo periodo, — turbias las

aguas del uno, revueltas las aguas del otro, —Buenos Aires y las Provincias, llamadas del interior, hasta confundirse en el grande, estrecho y eterno abrazo con que sellaron al fin nuestra nacionalidad definitiva.

Clara y distintamente se destaca el rol, característico diré, de una y otras.

Lanza Buenos Aires el grito colosal de Patria y Libertad y se forma en Mendoza el verdadero ejército libertador; surge en las plazas de Buenos Aires la escarapela argentina, como un ensueño, como un ideal, y la batería « Independencia » en Santa Fe la proclama enseña patria; para consagrarla después y definitivamente en las márgenes silenciosas y solemnes, como el juramento que escucharon, del río que nace arroyo en los nevados de Acay y Cachi.

¡ Queremos ser libres! dijo Buenos Aires el 25 de Mayo, y « somos libres » dijo Tucumán el 9 de Julio.

¿Y qué más? — para sintetizar el rol particular que el interior ha tenido, — la primera ciudad fundada en nuestro país fué, como lo sabéis, Santiago del Estero; la primera universidad abrió sus puertas en Córdoba y del interior salieron Oro, Paz, Vélez Sarsfield, Sarmiento, Güemes, Avellaneda, Urquiza y San Martín el grande!

Ellos echaron las sólidas bases de nuestra nacionalidad, y de las provincias del interior ha partido más de una vez el grito de ¡Alerta! al patriotismo adormecido de la gran capital sudamericana. El espíritu de la nacionalidad argentina ha germinado en las provincias del interior y es mi sincera opinión, señores, que las provincias han hecho á nuestra nacionalidad.

El cosmopolitismo absorbente en que nos desenvolvemos, nos impone grandes y graves deberes, ya que lo que podría llamarse el verdadero patriotismo, el más puro, el más sin-

cero, como en su último baluarte se refugia en las provincias y cuando, como últimamente, la insolente fatuidad de un pueblo pretendió u'trajarnos, en las provincias andinas, por suscripción popular, se movilizaba la guardia nacional como la guardia de honor de la bandera.

Y bien, pues, un nuevo rol, patriótico y grande, marca el destino á las provincias del interior : formar ciudadanos argentinos, bien argentinos, que tengan por sobre todos los amores el amor á la patria, y por sobre todas las ambiciones la de verla grande y respetada, y por sobre todos los orgullos el justificado orgullo de ser argentinos.

A ello tenderé, señores, en la esfera de mi acción, y con todas las energías de que me siento capaz, porque me alienta como un presentimiento del patriotismo, la idea de que han de salir de este colegio los grandes ciudadanos del futuro.

Confío para ello en la acción eficiente de los señores profesores, y hago en esta solemne circunstancia un llamamiento á sus más nobles sentimientos. Para los señores profesores argentinos habrá de ser grata la tarea; para los profesores extranjeros será grata y fácil, porque deberán y podrán mostrarse como vivo ejemplo de los grandes atractivos, de los grandes alicientes, de la grande y nobilísima hidalguía y nobleza de nuestras costumbres y de nuestras democráticas instituciones políticas.

Jóvenes alumnos: Para realizar el ideal que aliento, para contribuir en vuestra esfera al progresivo engrandecimiento de nuestra patria: ¡estudiad! estudiad sin descanso! estudiad sin desfallecimientos!

Mirad á vuestros profesores con todos los respetos; no veáis jamás en una reprensión una venganza ruin, sino una lección bien inspirada; miraos entre vosotros mismos co-

mo á hermanos, como soldados del mismo ejército, que juntos compartirán laureles y tristezas y así, por el esfuerzo común y por la ayuda reciproca, podréis llegar á ser dignos hijos de la gran familia argentina.

El respeto de sí mismo tiene por base el respeto á los demás. Respetad, pues, sin humillaciones, á todos los hombres ; á todas las ideas ; á todas las creencias. Y dentro del mismo cosmopolitismo en que habréis de desenvolveros, respetad á todos los hombres de la tierra que vengan á habitar nuestro suelo.

Sed francos en lo posible y sinceros sin medida ; guardad vuestras altiveces y energías para cuando las circunstancias las reclamen, y sed bondadosos y amables en el trato diario con aquellos que frecuentéis.

Haced el bien en cualquier medida y en cualesquiera circunstancias, — sin aspirar recompensas que pueden retardarse á veces,

pero que llegan siempre y como una prueba palpable de lo que la práctica de lo noble aporta, ved á este colegio convertido en el glorioso pedestal de su augusto fundador.

Este colegio, señores, es en toda verdad gloria y honra de nuestro país, y así como aquellos soldados franceses que tenían el derecho de llamarse valientes por haber asistido á la batalla de Austerlitz, yo anhele que llegue el momento en que los alumnos de este colegio, por haber hecho sus estudios en él, ostenten orgullosos, como un título de honor, la condición de « ex-alumno del Colegio Nacional del Uruguay »!

Entretanto y en el deseo de vincularme á esta fecha que marca el medio siglo de vida de este Colegio Nacional, que me cabe el altísimo honor de dirigir, he dictado la siguiente resolución cuya lectura me será permitida en este momento. Dice así :

« A los alumnos del Colegio Nacional del Uruguay.

«El Rector resuelve: 1° Instituir un premio anual « al más distinguido alumno ». Este premio consistirá en una medalla de oro de tres centímetros de diámetro, costada por su peculio y se denominará « Premio Julio de Vedia.

« 2° Este premio se otorgará al alumno que en el año escolar obtenga la más alta clasificación. Para el caso de que varios alumnos, se encuentren en esta condición, el « Premio Julio de Vedia » se acordará al que menor número de reprensiones haya merecido en el año escolar y por último, en el caso de que más de un alumno reúna las condiciones prescriptas, el consejo de profesores resolverá en definitiva, debiendo remitirse copia autenticada del acta de la sesión en que se

otorgue el « Premio Julio de Vedia », al alumno ó alumnos que la hayan originado.

« 3° El « Premio Julio de Vedia » llevará las siguientes inscripciones: en el anverso, *Colegio Nacional del Uruguay. Premio Julio de Vedia. Instituido por el rector E. de Vedia V. en Julio 28 de 1899*, y en el reverso, *Mereció este premio al más distinguido alumno en el curso escolar de... el estudiante de... año* (el nombre del agraciado) y debajo « *Chi dura vince* ».

« 4° En tanto no le sea posible al rector que suscribe, donar, como es su propósito, una suma de dinero con cuyos intereses pueda costearse á perpetuidad el « Premio Julio de Vedia » se obliga á costearlo de su peculio, reiterando este compromiso en la apertura de cada curso escolar y donando de antemano la suma correspondiente desde cualquier posición en que se encuentre.

« 5° La entrega del « Premio Julio de Ve-

dia » se hará el día en que se inaugure el curso escolar siguiente al del que corresponda y en presencia de todo el personal del Colegio, no pudiendo, *por ninguna consideración*, quien lo haya merecido delegar autorización para recibirlo.»

Ahora, mis jóvenes amigos, á estudiar!
A luchar por el premio, esgrimiendo el arma poderosa del libro!

He terminado.



12 DE OCTUBRE DE 1899

Nos encontramos hoy en uno de los más grandes, sino el más grande de los aniversarios que el mundo entero debe festejar, porque marca uno de las tres magnificas jornadas realizadas por la humanidad, en marcha hacia la consecución del bienestar que da el trabajo realizado al amparo de la libertad.

Ese bienestar ideal se está elaborando en el continente americano que con impetuoso empuje se ha incorporado en este siglo á la vanguardia de la gloriosa marcha, desplegando banderas triunfadoras, batiendo dianas y alentando glorias.

Del estudio de la historia surgen las que

he llamado grandes etapas, ó más bien grandes periodos en la vida humana. Tiene cada uno sus caracteres peculiares, su explicable iniciación y su fin lógico, siendo obvio agregar que en estas divisiones no coincido con las que anteriormente se han establecido y aceptado. Veámos.

Cristo, como la personificación de la fe en la porción más sensata de la humanidad; Colón, como la encarnación del triunfo más hermoso realizado por la pujante y generosa raza latina; la independencia política de la América, como la conquista imperecedera del supremo ideal del hombre, — la Libertad! — marcan los tres más grandes acontecimientos que en el orden espiritual, material y social haya producido la humanidad al través de todas las épocas y al través de todas las razas.

Porque en la humanidad, como en el hombre aisladamente, existe también y claramente caracterizada, con el sentimiento de

la fe religiosa, la divina tendencia hacia la preciada libertad, y al marcar en el tiempo aquellas grandes etapas, marca en ellas la consecución de sus más puros y más nobles ideales favoritos.

Voy á demostrarlo en lo posible, recorriendo á grandes pasos el campo de la historia universal.

Marcharé con método para desentrañar la justificación de aquella observación y para ello, sin retroceder á la primera aurora bíblica, recordemos al hombre en el primer comienzo de la vida colectiva.

En el cuadro primitivo de la embrionaria civilización oriental, vemos aparecer, como una indecisa nebulosa, las vagas iniciaciones de la religión que, según la bella fórmula de Benjamín Constant, es el resultado de las necesidades del alma y de los esfuerzos de la inteligencia.

De las necesidades del alma porque busca

un lenitivo y un consuelo para las hondas heridas que en la batalla mundanal recibe y de los esfuerzos de la inteligencia que por impulsiones espontáneas é irresistibles, va tras la ansiada explicación para los quizá eternamente indescifrables misterios del mundo moral.

Ha dicho Renan que el israelita pensaba que la religión del verdadero Dios estaba hecha para él solo, — pero es que yo creo que la observación cuadra para con todas las sectas religiosas, dado el sentimiento que las inspira, lo mismo en las informes agrupaciones de las primeras razas politeístas como en el corazón de nuestra América cristiana; lo mismo entre los adoradores del sol como entre los animistas, cuya religión, animando á todas las cosas, prueba que se buscaba por distintos rumbos y por procedimientos diversos el espíritu superior que se suponía creador de la entidad moral ó espi-

ritual en los seres como en los objetos inanimados.

Desconocidas, y ni presentidas siquiera, las leyes que la Física ha desentrañado, pudo creerse naturalmente que el agua, al caer ó al deslizarse en sus corrientes buscando su nivel, se movía animada por su propia voluntad; desconocidos los principios que rigen á los fenómenos meteorológicos podía y debía suponerse que el viento, por ejemplo, era un espíritu en acción; ignoradas las leyes de la atracción universal, que presiden en el sublime concierto de los mundos siderales, pudo también creerse que como la luna el sol y como la noche el día, eran manifestaciones de actividades propias de espíritus sobrenaturales á los que rendían el culto de la fe religiosa que entonces como hoy, y como siempre, emana de un movimiento de estupor del espíritu que espera de lo ignoto el auxilio que no puede prestarse por sí mismo.

Y es natural que estos movimientos del espíritu fueran más intensos y más espontáneos y más irreflexivos y hasta más torpes en los hombres primeros de la edad prehistórica, pero ellos demuestran la existencia del sentimiento religioso y de una tendencia cuya consecución se realiza en el portal de Belén.

Porque estimo que el sentimiento religioso es la base del alma y que podrá, según las épocas y las razas, cambiar ó diferir en sus exterioridades, pero es el mismo en su esencia; y si bien las sectas de la India, como los brahmanes y como los budistas practicaron durante siglos y siglos, como en un espionaje místico, la vida contemplativa, cual si buscaran en la naturaleza, ó esperaran de ella, el ideal religioso en que habrían de simbolizar sus creencias, es de notarse que ellas, como los frailes egipcios, como los magos persas, como los druidas y como, entre los

judios, las sectas nazarenas y otras, poco diferian, en ciertos ritos, de los anacoretas cristianos de la Tebaida ó de los primeros cenobitas del oriente.

Se corrobora así la existencia universal del sentimiento religioso tendiendo á un ideal, á un fin, á un símbolo, siquiera, que lo represente en la tierra ; pero es que entre aquellas religiones primitivas y el cristianismo actual existe la diferencia magistralmente establecida por la Rochefoucauld cuando dice que « el hombre religioso trata con la Divinidad como con un amigo y el supersticioso como un esclavo con su despótico amo ».

No importa esto ni anatematizar á las demás religiones, ni pretender que los católicos cristianos hayamos alcanzado el *desideratum* en materia religiosa, no ! quizás guarde el porvenir la fórmula irresistible é indiscutible de la religión universal, pero sin fal-

tar á los respetos que todas las creencias deben merecernos, puesto que no hemos de querer para otros lo que no querriamos para nosotros mismos, podemos estar satisfechos de la religión que nos inspiraron nuestros padres, que ofreceremos á nuestros hijos, y que con inapreciables diferencias, practica al presente la humanidad civilizada.

Como digo, podrán diferir los ritos y las religiones que en el mundo se profesan pero el sentimiento que las inspira y que las mueve es inmutable y es ineludible, porque es la esencia del alma, siendo quimérico, mis amigos, pretender substraerse á él, que nos habla á gritos cuando las hondas tribulaciones del espíritu agitan á nuestro sér.

Con respecto á la identidad del sentimiento que engendra á las creencias religiosas, es digno de mención el sugestivo hecho de que los primeros exploradores españoles en la

América Central encontraron, en algunas tribus indias, como las mayas, la cruz por simbolo religioso, — cruz cuya existencia ha querido explicar Girard de Rialle en su obra *La mythologie comparée*, en la que dice : « la cruz no es un emblema exclusivamente cristiano; data de remotísima antigüedad y es común á una infinidad de razas no emparentadas entre sí ». En cuanto á la cruz de la América Central, agrega, se explica que ese signo de los cuatro puntos cardinales de donde soplan los cuatro vientos, figure en el culto de una divinidad de la atmósfera.

Quizás esta circunstancia coadyuvó, en primer término, á la eficaz acción que desempeñó la cruz del cristianismo en la ardua empresa de la conquista de América, en la que el ilustre paraguayo Hernando Hárias de Saavedra inició, con un raro discernimiento en su época, la conquista espiritual, cuyas primeras evangelizaciones se hicieron

en el mismo Paraguay para pasar luego á Buenos Aires.

Bien, pues ; el cristianismo á mi modo de ver, completa y cierra, cuando menos, la primera y grande evolución espiritual en el transcurso de los siglos y en la marcha progresiva de la Humanidad que alcanzó en el Decálogo del Sinaí, el verdadero y sapientísimo dogma que ha de regir, en la parte sana de las sociabilidades cultas, hasta supeditarlas por completo para encaminarlas por sendas de luz á la posible perfectibilidad moral de los pueblos del futuro.

El cristianismo en sus albores se extendió por el norte de Africa y acompañando á los pueblos en marcha, invadió la Europa por el imperio Romano en el que desalojó al paganismo sostenido estérilmente por los emperadores anteriores á Constantino quien hizo del cristianismo la religión del estado y fué en España donde Santiago

apóstol la predicó con mayor éxito, sembrando así los gérmenes que más tarde habían de dar los frutos que en la conquista de América compartirían ventajosamente, con los Pizarro, Cortés, Garay, Irala y tantos y tantos más, el predominio español entre las razas primitivas de la América salvaje conquistada por la acción paralela de la espada y de la cruz, siendo digno de notarse, mis amigos, cómo ha sido la cruz del cristianismo el único símbolo religioso ante el cual se han sometido los indios á la conquista ; cómo la América española repudia después al espíritu de conquista, y cómo en ella germinó robusto, solemne y grande el espíritu cristiano que alentó el corazón de aquella reina, de aquella mujer, que ofrecía sus joyas para que el genio de Colón triunfara.

Si no fuera otro, principal, el objeto de esta conferencia procuraría demostrar á ustedes, lo que dejo apenas esbozado, esto es,

cómo las religiones primitivas desde el corazón del Asia oriental, en las auroras del mundo, venían preparando, por una lógica resultante, la sacrosanta religión cristiana, que en la actualidad profesan más de 500 millones de almas y cuya aparición señala el punto de partida de la era del espiritua- lismo racional en la humanidad civilizada, y cómo las emigraciones sucesivas de los pueblos antiguos, marchando como impul- sados por un designio superior, hacia occi- dente, prepararon al fin el descubrimiento de América.

Dentro de mi criterio, pues, con el cristia- nismo se alcanzó el fin visible en la colosal evolución religiosa del espíritu humano.

Paso ahora á referirme ó á estudiar, siquie- ra sea someramente, la marcha que los pue- blos antiguos siguieron impulsados por el progresivo desarrollo material que engendró al estupendo acontecimiento que hoy cele-

bramos en su cuatricentésimo séptimo aniversario.

Todos ustedes, ó casi todos, conocen por el estudio de la historia, los movimientos emigratorios de los pueblos de la antigüedad, originados generalmente por luchas ó predomios de razas.

Aquellos verdaderos exodos contribuian á extender los conocimientos geográficos que entre los primitivos hebreos se reducian á una pequeña parte del occidente asiático, del noreste africano y del sudeste de Europa.

Tal era el mundo que Homero representaba por un disco en cuyo centro se encontraba la Grecia; tal era, ó poco más, el mundo conocido 1000 años antes de Jesucristo; tal era el mundo que Herodoto describía, que los Fenicios y los Cartagineses ampliaron después, y cuyo conocimiento se acrecentó con la estupenda expedición de Alejandro hasta las márgenes solitarias del Indo.

Fué recién en el primer siglo de la era cristiana cuando los conocimientos geográficos se perfeccionaron con Hiparco, con Strabón, con Plinio y con Ptolomeo después, y ese conocimiento progresivo del mundo engendraba necesariamente el afán de nuevas investigaciones, impulsado más que por las conquistas científicas por las conquistas guerreras que constituían la actividad natural de los pueblos primitivos.

Sería inacabable é inoñcioso enumerar las etapas que marcaron el desarrollo alcanzado en los conocimientos geográficos hasta la magnífica irrupción de navegantes que en el siglo xv reconocían las costas del Africa con Bartolomé Díaz y con Vasco de Gama, y las costas de América con Cristóbal Colón y los que le sucedieron.

El Cabo de Buena Esperanza y la Isla de San Salvador, en sus antípodas casi, fueron entonces como los dos jalones con que se

emprendía la completa medición del mundo.

Con el descubrimiento de América se iniciaba también una nueva era en la historia de la Humanidad y ni entonces, ni hoy mismo, pudieron calcularse las proyecciones de aquel colosal acontecimiento.

No se buscaba al continente descubierto, pero el debía interceptar necesariamente la marcha de los pueblos de los antiguos continentes. Era la lámpara de Galileo, era la manzana de Newton, los vidrios de Lippersey, era la casualidad en fin, esa gran reveladora de misterios, la que ponía en manos de un mundo civilizado, un mundo por civilizar. ¡ Y se ha llamado ilegal á la conquista de América! No! No es ilegal la conquista que suplantó el obscurantismo americano por el iris de las civilizaciones europeas.

Y digo obscurantismo, porque las decantadas civilizaciones americanas, anteriores á

la conquista española, eran tan embrionarias, eran tan primitivas que se habría necesitado el transcurso de siglos y siglos antes de que, por su espontánea acción, hubieran llegado al grado de civilización actual.

Cupo á España la suerte del descubrimiento, como si hubiera sido la predestinada de esa gloria, como si entre los altos designios superiores á ella le hubiera de corresponder la realización de hazañas semejantes.

Otras naciones, ustedes lo saben, fueron solicitadas por el sublime visionario y deshecharon sus proposiciones; extenuado de fatigas y casi agostado en sus energías morales, llegó á España y allí se le pidió un breve plazo para facilitarle el concurso que buscaba, pues España estaba empeñada en desalojar á los moros de su último baluarte en Europa y para ello solicitaba la espera: hasta arrojarlos de Granada.

Las vicisitudes de la conquista son conoci-

das; la lucha heroica y cruenta se hizo disputando palmo á palmo el terreno hasta que el pendón de Castilla flameó victorioso y señor en el palacio de Moctezuma; en el templo de los hijos del sol; en el centro de los dominios araucanos; entre las tribus pampásicas; en el mismo corazón de la América vencida!

Se inicia luego la corriente emigratoria y empieza la nueva población de América amalgamándose su tipo selvático y fuerte con el tipo audaz y aventurero, de aquel portentoso desfile de héroes legendarios que en la no escrita epopeya fueron dejando los gérmenes fecundos de la altiva y generosa raza de los cides.

Con todos sus defectos, con todas sus inauditas torpezas políticas, con el mismo monstruoso monopolio comercial, enervador de todas las actividades, que los gobiernos españoles de los siglos anteriores, ejercitaron

das; la lucha heroica y cruenta se hizo disputando palmo á palmo el terreno hasta que el pendón de Castilla flameó victorioso y señor en el palacio de Moctezuma; en el templo de los hijos del sol; en el centro de los dominios araucanos; entre las tribus pampásicas; en el mismo corazón de la América vencida!

Se inicia luego la corriente emigratoria y empieza la nueva población de América amalgamándose su tipo selvático y fuerte con el tipo audaz y aventurero, de aquel portentoso desfile de héroes legendarios que en la no escrita epopeya fueron dejando los gérmenes fecundos de la altiva y generosa raza de los cides.

Con todos sus defectos, con todas sus inauditas torpezas políticas, con el mismo monstruoso monopolio comercial, enervador de todas las actividades, que los gobiernos españoles de los siglos anteriores, ejercitaron

en sus dominios coloniales hay que reconocer más amigos, que en tal día como hoy del siglo xv la España iniciaba el más trascendental acto de civilización y progreso que haya realizado la humanidad.

Como una onda de luz, la corriente española se sumergía en la noche pavorosa de la América salvaje y como se quiebra la luz en el prisma triangular, aquella civilización se desdoblaba después de tres siglos en las múltiples civilizaciones de la América, sublevada en aquella magnífica explosión de altiveces patrióticas y de heroicidades del civismo, cuando, irresistible é indomable, se irguió para marchar, escudada por el Derecho, protegida por la Justicia y del brazo de la Libertad por los senderos de la Gloria !

España provocó la sacudida y en parte malogró su gloria, porque la gloria española á que me refiero era inmensamente superior á la España y sobre todo á su época, como fué

superior al genio de Colón el resultado de su genio.

A este respecto, permitaseme detenerme un momento en el maravilloso raciocinio que engendró en el cerebro de Colón su portentoso viaje, coronado con el descubrimiento de América que hoy conmemoramos.

Pertenecía Colón á una baja condición social, pero formaban su espíritu radioso y fuerte y viril todas las energías de que el genio puede necesitar para realizar sus concepciones. Fué marino en sus primeros años, y su alma debió agigantarse y sublimarse en las luchas y en la contemplación del mar. Creció en medio á un grave problema comercial: encontrar el camino para las Indias y debió sentirse embriagado por los inefables deleites de una gloria en perspectiva. Estudió y observó para llegar finalmente, con los medios ilustrativos de que entonces podía

disponer, á un raciocinio aparentemente axiomático basado en los incipientes conocimientos de la época que él adquirió, en las tradiciones y en las lecturas del *Jardin de las Hespérides*, de la *Atlántida de Platon*, de los viajes de Marco Polo y de las relaciones de Mandeville.

Colón se incorporó, pues á los que buscaban la solución del problema de Indias, pero el aportaba á la empresa, además de su ilustración, de su experiencia y de su genio, las facultades excepcionales de su espíritu perseverante y de su inquebrantable fe.

Convencido de la esfericidad de la tierra, pero suponiéndola más pequeña de lo que la ciencia moderna ha demostrado, creía que el Asia extendía sus costas orientales hasta las proximidades de las costas occidentales de la Europa, permitiendo así llegar á ellas en breve plazo con solo marchar en aquella dirección, porque suponiendo á la tierra más

pequeña de lo que es, suponía al Atlántico de menor extensión que la calculada por Ptolomeo.

Su error encerraba un grande beneficio; una gloria indisputable; un nuevo mundo! y cuando Colón, menospreciado y olvidado por sus contemporáneos, moría en Segobia en 1506 ignoraba que de su tumba brotaría el laurel inmarcesible con que el reconocimiento humano corona para siempre su frente gloriosa y su nombre inmortal.

Colón, pues, encierra una enseñanza y un ejemplo: de lo que puede la fe y la perseverancia puesta al servicio del bien, y de la verdad de la justicia humana en lo que debe confiarse siempre! Además la gloria de Colón nos enseña, jóvenes estudiantes, que aun cuando inconscientemente se sirva á la causa del progreso humano, la humanidad reconoce el servicio y premia sin tasa al servidor.

Sintetizo mi pensamiento, diciendo que la España del siglo XVIII y XIX no estaba políticamente capacitada para sobrellevar la pesada carga de una América ingénitamente republicana y naturalmente democrática, siquiera por oposición á las prácticas de la monarquía absoluta y excluyente que se había ejercido en ella.

Pero esa misma infalible justicia á que me he referido, discierne á la España del siglo XV, á la España de todos los siglos, la gloria sin igual de haber hecho un nuevo mundo! Como ha discernido á Colón la gloria inmarcesible que su inconsciente descubrimiento importa.

He dicho que en los siglos presente y anterior, carecía España de la capacidad política para mantener su dominación en América, y ello es fácilmente demostrable sin que de este proceso surjan anatemas para prácticas que no eran, no podían lógicamente

ser el resultado de un encono, de un cálculo, ni de una tiranía innecesaria, sino que eran la resultante fatal de una política que estaba más en las cosas que en los hombres.

Esta incapacidad se acrecienta en razón directa del progreso humano, al cual era imposible que la América se sustrajera en absoluto, y si retrocedemos en el tiempo observamos que á mayor atraso y á mayor obscurantismo en América, más fácil y hasta más humanitario resultaba el gobierno colonial.

De ahí que si pudo conquistar en el siglo xv y gobernar plácidamente y á su satisfacción, como en cuerpo muerto, no pudo resistir en el presente siglo á los formidables anhelos de patria y libertad, con que la América entera la desafió al combate.

Concretándome á la política española en el Río de la Plata, observo en el siglo xvii la iniciación de un verdadero recrudescimien-

to en la inconsulta severidad de las leyes que nos gobernaban y cuyas mismas contraproducentes restricciones preparaban el estallido social que se produjo después.

Estas restricciones se traducían por medidas, emanadas de celos verdaderamente infantiles, como prohibir á los virreyes que trajeran sus familias para evitar así que se radicaran en nuestro país, y excuso agregar que la legislación de que me ocupo regía en toda la América.

Esas mismas famosas leyes prohibían á los funcionarios públicos aceptar dádivas de ningún género y por ninguna razón relacionarse íntimamente... pero qué! visitarse siquiera con las familias del país; contraer matrimonio con criolla aun cuando fuera hija de padres peninsulares y tantas y tantas otras nimiedades análogas que ni merecen el nombre de legislación, ni constituyen el más remoto trasunto de la parte

sensata de la sociedad española de aquella época, en la que la ciencia del gobierno se encerraba en la forma casi siempre brutal de la monarquía absoluta, así en España como en la Europa entera, así en política como en sociología, y como en religión también, porque todas las manifestaciones del derecho y del pensamiento estaban supeditadas al control del soberano y al monopolio de la reducida clase favorita.

¿Qué cultura, pues, podíamos recibir de una época que no la tenía? ¡De una época en la cual fué necesario, — esto parece fábula! — que un Sumo Pontífice, en pleno siglo xvi, declarara que los americanos eran seres racionales! y que, por consiguiente, tenían derecho también á creer y á pensar en Dios y á ser admitidos en la religión de Cristo?

¿Cuál debía ser la resultante lógica de una política como la que regia en América?

¡ La revolución más santa y más grande, y más trascendental que haya visto ó realizado la humanidad !

¡ Santa ! porque la movía el noble sentimiento del patriotismo y de la libertad ; ¡ grande ! porque la América entera se puso de pie ; ¡ trascendental ! porque ofrecía á todos los hombres de buena voluntad, ancho campo para todas las actividades.

Fué como un erupción de volcanes la revolución americana ! Y fué la toma de Sevilla, el 1° de febrero de 1810, el punto de partida de la libertad de América.

La caída de Sevilla, último baluarte de aquella colosal defensa del territorio español, marca en mi concepto el último día de la dominación española en América.

La gran revolución estaba preparada, y en los virreinos de entonces se incubaban las democráticas repúblicas de hoy. La lucha empezó simultánea, porque el momento

de iniciarla había llegado. Méjico se declaraba independiente el 16 de septiembre de 1810 y lo fué materialmente después de once años de lucha; en Venezuela, el Cabildo de Caracas inició su acción emancipadora el 19 de abril de 1810; los mismos estados de la América Central lucharon, entonces hasta declararse independientes, como Méjico, en 1821; en el mismo año de 1810, Chuquisaca y la Paz, en Bolivia, y Cuzco, en el Perú, iniciaban la gran revolución; Quito, en el Ecuador, instalaba su junta revolucionaria el 22 de septiembre de 1810; y, curiosa y grata coincidencia, cuando la revolución colombiana estallaba en Cartagena el 22 de mayo de 1810, ese mismo día y quien sabe si á la misma hora, bajo las arcadas del Cabildo de Buenos Aires el pueblo argentino pedía á gritos la libertad!

Propósitos bien explicables han llevado á ciertos historiadores á sostener, que la Re-

volución emancipadora de la América del Sud, no se habría producido sin la Revolución francesa y sin la Revolución emancipadora de la América del Norte, no faltando quien haga intervenir también como poderoso causante de aquel grande movimiento social, el triste desastre de Trafalgar!

La respuesta está en el cuadro que acabo de presentar á los ojos de ustedes; la América entera de pie en el inmortal año de 1810.

Aquella pretendida influencia de conmociones políticas ha sido clasificada por el ilustrado historiador Lafuente, como un « funesto ejemplo » ofrecido á las colonias españolas en América, pero 70 años antes que Lafuente, nuestro gran tribuno Bernardo Monteagudo, decía en el *Censor de la Revolución* que, « aunque el gobierno español hubiera podido levantar alrededor de sus dominios en América una muralla más

alta que los Andes, no habría extinguido el germen de la gran revolución *que se preparaba* en Sud América».

Así, pues, como podemos y debemos negar la pretendida influencia de los acontecimientos á que me he referido, no podemos negar que esa influencia se produjo con el rechazo de las invasiones inglesas en nuestro país y con la invasión napoleónica en España.

La afirmación de Monteagudo se corrobora en la forma y en el espíritu con que se rechazaron las invasiones inglesas, con respecto á cuyo éxito dice Funes en su *Historia Argentina*: «triunfar para la España era añadir un nuevo eslabón á la cadena que arrastrábamos por tres siglos con trabajo » y nada evidencia más los propósitos, latentes pero uniformes, de producir la revolución emancipadora, que la leyenda puesta en el cenotafio erigido en el templo de Santo Do-

mingo, en Buenos Aires, cuando rechazadas las invasiones inglesas se oficiaban funerales por los caídos en aquellas jornadas, — esa inscripción decía : *A los guerreros ARGENTINOS* que por su tierra natal insultada, por sus hogares, sus hijos y sus esposas rindieron gloriosamente su vida ».

Las manos que escribieron esa leyenda en 1807, esgrimían en 1810 la espada que cortó la cadena á que Funes se refiere. El terreno de la lucha estaba preparado y la invasión napoleónica precipitó ó determinó el momento de entrar en batalla. La revolución americana de 1810, determina, pues, en su magnífica simultaneidad el más gallardo coronamiento de una larga anterior evolución. Al empuje irresistible de la revolución de un mundo, cayó la España estrepitosamente, pero cayó como tenía que caer : como un coloso que se desploma !

Y cayó, mis amigos, dejando un reguero

de glorias después de haber echado las bases de futuras sociedades, grandes por su origen y engrandecidas por la *Libertad*, esa gran redentora de los hombres y esa gran enaltecedora de los pueblos.

Si de algo necesitara la madre patria para enorgullecer á sus hijos, — seamos leales y seamos generosos, — ahí está el cuadro de aquella estupenda lucha de día por día y de hora por hora que tenía por campo de batalla la inmensa extensión del continente americano desde Méjico en el norte hasta el sud de Chile, desde las bocas del Orinoco hasta las fortalezas del Callao!

La historia nos enseña, mis amigos, que sin necesidad de alardear con equívocas teorías, la América es propiedad de los americanos y asilo grato para todos los hombres del mundo.

Débil en su hora, pudo romper el yugo del coloniaje, venciendo de una poderosa nación;

en el norte se alza el cadáver de Maximiliano como una advertencia á las dominaciones extranjeras y si alguna nación visionaria, con propósitos de conquista, mira hacia el sud, podrá ver, como un alerta, sacudidas por auras de libertad soberana, aquellas banderas que los invencibles regimientos ingleses rindieron en las calles de nuestra capital reconquistada !

Es que de la historia parecen desentrañarse leyes anteriores á los acontecimientos; es que realmente parece como que un designio superior marcara á los pueblos una ruta y un destino, y es que en toda verdad parece como que la América debía de encontrarse en esa ruta para ser el fin visible del destino de la humanidad libertada.

Este gran rol empezó á cumplirse con el descubrimiento; se acentuó con la Independencia y se vislumbra en sus instituciones democrático-republicanas, que á los monár-

quicos europeos podrán parecer defectuosas por razón de explicables inexperiencias nuestras pero que evidentemente traducen la tendencia natural de los pueblos grandes y libres, porque como dice Estrada: «Alli donde la soberania popular es negada ó restringida, carece de aplicación el principio de libertad».

La América republicana y libre tiene, pues, un destino prefijado que se adivina desde ahora viéndola el refugio preferido de las emigraciones europeas, que amalgamándose con los pueblos americanos están engendrando la civilización y la gran raza del futuro.

Y así como la América republicana y libre descuella por lo mismo entre todos los continentes así también, sin pueriles jactancias, mis amigos, la República Argentina descuella entre las naciones americanas porque fué la más grande y más generosa en la historia y es en el presente la de mayores liberalidades, la que más firme marcha, la que más

alto mira, la que más rápidamente se desenvuelve.

Si! todo contribuye á que nuestro país, sea en lo futuro, como en el pasado y como en el presente el portavoz, el portaestandarte, del sentimiento americano en sus espléndidas explosiones de libertad, de paz, de trabajo, de civilización y de altruismo!

Todo nos impulsa á ello: porque con razón se ha dicho que «es la República Argentina la tierra más ancha y más alta del continente americano»; porque todo es grande en nuestro suelo y todo es bello; porque tenemos los más grandes ríos del mundo, formando el más perfecto sistema hidrográfico de la tierra; porque tenemos las más altas montañas del orbe y las más dilatadas llanuras; porque tenemos el suelo más feroz, el clima más benigno, el cielo más hermoso, las instituciones más libres y la historia más pura y más gloriosa en la historia de la hu-

manidad. Y porque constituye nuestra raza la más lozana rama de la inmortal raza latina transplantada á la virgen y fecunda tierra americana.

El porvenir de la humanidad está en América! Asistimos, quizá inconscientemente al proceso inicial de una estupenda evolución social en el mundo y no es posible predecir adónde podremos llegar, pero casi diría que se palpan y se sienten las primeras manifestaciones de esa evolución marcada por los exodos de los pueblos de las viejas monarquías europeas que, como esas aves que la proximidad de la borrasca ahuyenta, emigran buscando sol de libertad y aires de vida hacia las costas abiertas de la tierra americana.

Alguien ha observado que las civilizaciones antiguas han germinado en pueblos que habitaron en penínsulas, como Grecia, como Roma, como España y que de penínsulas han

salido los grandes movimientos de la civilización en marcha. Digno de notarse también es que la configuración de nuestro país y su situación geográfica se asemeja á la de una colosal península dentro de la que holgadamente cabrían las antes mencionadas como han cabido y caben las civilizaciones que partieron de ellas.

Podemos, pues, como un aceptable presentimiento del patriotismo, decir que si en América se incuba la civilización del futuro, como la síntesis de todas las civilizaciones anteriores, conociendo á los países que la forman, podemos afirmar con plena justicia y razón que si la cuna del futuro está en América ella ha de mecérse en « la región bendita! Sublime desposada de la gloria, que baña el Plata y que limita el Andes! »

Alumnos de quinto año :

Posiblemente será está la ultima vez que, en esta forma, les dirija mi palabra, —discutible acaso, siempre que no vaya dirigida á los jóvenes cuya educación tengo el altísimo honor de dirigir, porque cuando pienso en ustedes, como cuando les hablo, llamo en auxilio de mis pensamientos y de mis palabras todas las afectividades, todos los más sinceros entusiasmos que un joven puede despertar y revolviendo anhelante en el fondo de mi alma, la quinta esencia de mi sér moral, procuro verter en un consejo grande, levantado y puro, toda la síntesis de las ilusiones que deben alentarles, de los deberes que les esperan, de las risueñas esperanzas que ciframos en ustedes.

La mayor parte de los sinsabores que se apuran en la lucha por la vida, tienen por cau-

sa la falta de preparación para ella y un maldito pesimismo propio de la edad moderna. Este excepticismo, estos egoísmos, nos vienen de las cansadas sociedades donde el sentimiento altruista está, tiene que estar, exhausto ó relajado, porque á las sociedades como á los hombres que las forman les llega también la hora del cansancio y del indiferentismo nacidos de esa anestesia moral que es el sedimento de la lucha por la vida.

Los cálculos del egoísmo se hacen, cuando se declina en la pendiente de la vida, y si acaso entonces pueden disculparse, pero es preciso, mis amigos queridos, sustraerse á ellos cuando la savia de la vida nos agita, cuando empezamos la jornada, cuando comenzamos á ascender la montaña en cuya cumbre hay soles, hay auroras, hay horizontes y hay triunfos.

Para alcanzarlos, para subir sin fatigas y sin obstáculos la pendiente que os espera, apo-

yados como en un báculo bendito en el libro, que es brújula, y en la pureza de alma, que es aliento. Así se llega á la soñada meta sin haber agotado del todo las energías, ni las ilusiones, ni las esperanzas, porque se han podido esquivar contrariedades y se han podido soportar más resignados los dolores.

Quiero dar á ustedes, alumnos de 5º año, mis últimos consejos como rector, — ya que como hombre estaré á ello dispuesto siempre, — sin más aspiración que la dulce perspectiva de un recuerdo cariñoso cuando hombres ya y triunfantes, vuelvan ustedes la vista hacia el pasado.

Van á salir en breve de esta casa y quiero que salgan con ilusiones y con fe, — que son el gran preservativo para las inclemencias en la vida.

Mucho hay que hacer aún en nuestra joven gloriosa patria y esa es la obra de la

juventud del presente destinada á encauzar y á fijar rumbos en lo político á las ideas populares ; á fijar definitivamente el carácter propio de nuestra nacionalidad ; y á argentinizar las ciencias, las artes, las industrias y hasta el idioma mismo.

El estado actual de nuestra sociabilidad es la consecuencia ineludible de nuestra organización sociológica, formada por las múltiples corrientes, que la inmigración nos aporta y á cuyo aumento, no obstante, debemos todos propender, porque si no constituye nueva sabia, importa en toda verdad, sabiduría, labor, perseverancia y experiencia.

Hagamos fácil y cómoda y tranquila sobre todo, la vida de las colectividades extranjeras y procuremos que no se consideren tales en nuestro país generoso. El extranjero hoy, es el padre mañana de nuestros connacionales, y es necesario que el padre tenga amores para la patria del hijo, porque el sentimien-

to del patriotismo empieza en el hogar.

Las conquistas modernas del derecho internacional se traducen, — como con el arbitraje, — en verdaderos anhelos de paz y marcan también las iniciaciones de una futura, sólida confraternidad, cuyos frutos serán más lozanos y más duraderos que los triunfos efimeros de la guerra ó de las artimañas de una política maquiavélica.

Tal debe ser entre los hombres también la conducta reguladora de sus actos. Sean ustedes contemporizadores con todos, á condición de serlo sin humillaciones con nadie. La afabilidad en el trato diario es más fructífera que la adustez, nacida por lo general de causas extrañas á sus víctimas. Y la jovialidad misma no está reñida con los procedimientos más severos, ni con los propósitos más inquebrantables, ni con los pensamientos más graves, ni aún siquiera con los dolores más hondos.

Tienen ustedes en ustedes mismos garantizados de antemano los amigos del mañana, porque la amistad nacida en el aula entre jóvenes que han compartido, sin egoísmos, triunfos y contrariedades pasajeras, es el vínculo más sólido que ata á los hombres y constituye el sentimiento á que con más títulos pueden dirigirse los desheredados de la suerte. Cultiven ustedes esa vinculación que en su día será consuelo y fuerza reciproca.

Con amor al estudio y con amor á la patria tienen ustedes asegurado un porvenir en que serán útiles á la familia y útiles á la sociedad, — pero es necesario reprimir las impacencias juveniles porque, graven bien en la mente todos ustedes este consejo: no hay que tener precipitaciones para llegar al futuro sino para aprovechar del presente, porque aquel llega demasiado pronto y porque éste pasa demasiado rápido.

Y como se guarda el recuerdo del hogar paterno, como se piensa en la madre cuando se sabe pensar, en la hora del discernimiento tranquilo, que pronto llegará para ustedes, guarden el recuerdo de esta casa que les ha dado todo lo que tiene y piensen en ella que, con emociones y anhelos y votos semejantes á los de una madre cariñosa, les verá alejarse de sus umbrales, sumergirse en la vorágine del mundo, aparecer y desaparecer entre el oleaje de ese mar siempre agitado para cuyas tormentas y para cuyas borrascas sirve de escudo el amor al estudio que dignifica y el amor á la patria que enaltece.

He terminado.



Á LAS ALUMNAS MAESTRAS

DE LA ESCUELA NORMAL DEL URUGUAY (1)

Señoritas maestras:

Consideraré tan honrosa la solicitud de que he sido objeto, por parte de ustedes, en el

(1) *En la Escuela Normal. La fiesta de las maestras. Discurso del señor Vedia.* — Ha vuelto por su crédito la Escuela Normal, con su hermosa fiesta de la colación de grados realizada el miércoles á la noche y seguida de una reunión social que hará época en los anales de esa Escuela.

Entre los números del mencionado programa se encontraba un discurso del rector de nuestro Colegio Nacional, solicitado al efecto por la Dirección de la Escuela Normal y por las nuevas maestras que recibían sus diplomas, pero como era público que el rector del cole-

sentido de que les dirigiera la palabra en esta solemne ocasión de sus interesantes vidas, que creí imperdonable defección una negativa, que por otra parte podría explicarse ante la plena conciencia de la propia incapacidad para el discreto cumplimiento de la grata y difícil misión encomendada.

La afronto, convencido de impotencia, pero halagado por la perspectiva de que la indulgencia femenil me ampare. — A ella apelo y ella disculpará deficiencias, en mérito siquiera á la bondadosa intención.

Otra consideración fundamental me ha impulsado á la tarea en que me encuentro: va-

gio se encontraba enfermo de algún cuidado, se supuso que no concurriría á la fiesta.

No fué así, felizmente, pues aunque convaleciente, el rector de nuestro Colegio Nacional concurreó á la cita siendo recibida su presencia con una salva de aplausos que se repitió varias veces durante la lectura de su discurso que publicamos á continuación.

.
(Del *Radical*, de Concepción del Uruguay, fecha diciembre 1° de 1899).

nidad de padre me hizo pensar que ustedes recuerden, en estos momentos y con mi presencia, la dulce, la amable, inteligente expresión de aquel pequeño alumno hijo mío, cuya tumba cubrieron ustedes de flores y de consuelos (1). No sé, ni necesito saber, de cuál de ustedes recibió mi hijito las primeras lecciones, ni cuál de ustedes cifraba en él los triunfos nacidos de la inteligencia encaminada por la simpatía y por la afabilidad.

Bástame dejar así constancia del vínculo que me liga á esta escuela y de la explicable doble simpatía que ella y ustedes me inspiran y de la profunda reverencia con que penetro en esta casa.

Cuando, además de mi salud quebrantada, otras consideraciones, que no son del caso, me inclinaban á denegar la solicitud de que me veía objeto, creí que aquel gran hijo

(1) Julio de Vedia, murió en el Uruguay, á los 7 años de edad, el día 17 de junio de 1899.

mío me habría aconsejado que satisficiera á sus maestras, — y se disiparon mis indecisiones.

Al honor, pues, que aquella distinción importa, permítaseme agregar esta otra consideración para explicar así, mi complaciente actitud.

Nada más sugestivo ni que más hondo hable á la inteligencia que la Escuela, — después de los niños que son su alma, su vida, su luz, — y en otro orden de impresiones, nada en la vida más interesante ni que más hondo hable al corazón que la Mujer, en la que, — como en el espectro solar se descubren los varios matices que se funden en un rayo de luz, — descubre la inteligencia las claras manifestaciones de todas las virtudes y de todas las sensibilidades de que la naturaleza dotó al alma humana. Porque la mujer es también un rayo de luz que se desdobra esen-

cialmente en el prisma poliedral del estudio.

¡Cómo no ha de impresionar hondamente una escuela de mujeres! y cuánto no se acrecentará la simpatía que inspiran cuando ellas, sustraídas por acto de nobilísima deliberación á las torpes vanidades de la pompa humana, van afanosas tras del capital necesario de erudición que las habilite para verterlo, al través de sus temperamentos delicados, en las inteligencias de esas miríadas de niños que vienen detrás, corriendo con los bracitos extendidos, como en un ruego, para reclamar el sitial que les corresponde en el templo sacrosanto de la Escuela!

En la mujer-maestra veo renacer la bíblica mujer-madre, llena de ternezas, y de afabilidades, dueña de una dulce misión y merecedora de todas las reverencias que pueda brindar el espíritu.

La mujer-maestra encarna el supremo ideal en materia de instrucción primaria, y pienso

que el día en que todas las escuelas de esa clase estén, en nuestro país, exclusivamente en manos de mujeres-maestras, habremos dado el más grande paso hacia la perfección educacional.

La nobilísima misión que van ustedes á desempeñar, señoritas-maestras, lleva aparejada las más grandes y más trascendentales responsabilidades por lo mismo que se pondrán en manos de ustedes niños que, por la edad, son como blanda arcilla que ustedes habrán de modelar.

Un mal gesto, una palabra fuera de tono, un conceso inconsulto, un movimiento de impaciencia, marcan impresiones imborrables en el espíritu virginal de un niño y aun les inspiran represalias que pueden llegar después á ser como una segunda poderosa naturaleza de toda la vida.

Pero tratándose de niños y de pequeños niños sobre todo, es tan fácil, es tan halaga-

dora de la propia vanidad, la templanza y la afabilidad en los procedimientos, que para lo contrario se necesita un caudal de perversidad y de egoísmo sublevado tan grande, que es hasta insensato suponerlo en una mujer y para con un niño!

Porque pienso así, — quizás para algunos decepcionados de 20 años, que son los peores, mi optimismo me lleve demasiado lejos ¡pero no importa! es más soportable equivocarse creyendo en el bien, que verse obligado á rectificar un mal juicio, — porque pienso así, decía, tengo plena fe en la acción eficiente de la maestra de escuela y pregonó á todos los vientos que es llegado el caso de que los maestros de primeras letras cedan el puesto á las mujeres-maestras, desde que en las escuelas á que me refiero, debe primar la educación moral y es axiomático que ésta corresponde á las mujeres. Nuestra misión viene después; es de otra índole; tiene otro

fin y también es axiomático que nos corresponde á los hombres. Que la mujer cuide el jardín y el hombre la huerta; que aquella forme la planta que por el trabajo de éste se convierta en árbol.

Apasionado de la educación de la mujer, naturalmente le debo asignar un destino y en mi concepto éste se cumple debidamente en la escuela primaria desde la cual debe compartir con el hombre la noble tarea de formar ciudadanos útiles y dignos que es como se propende á constituir sociedades honestas y cultas y grandes.

Por la sensibilidad que la caracteriza; por la dulzura natural de su temperamento, por la virtuosidad inherente á su constitución psíquica, la mujer es y debe ser la guía primera del niño que empieza la vida intelectual. — Esta es la misión de la mujer maestra, — entidad que en tiempos no muy remotos fué desconocida.

Todas las conquistas de las ciencias exactas; las mismas maravillas que la casualidad ha revelado, no representan ni con mucho en mi concepto el valor que sociológicamente tiene la educación de la mujer, que constituye la más bella manifestación del progreso moral en marcha y la más vibrante nota de la civilización humana en los tiempos modernos en que la mujer-maestra ha reemplazado á la mujer-esclava salida de los pueblos del Oriente antiguo.

Pero si bien soy entusiasta partidario de la educación de la mujer, soy abiertamente enemigo de la mujer erudita y sabia, -- entidad híbrida que ni es mujer ni es sabia!

Ampliados discretamente, y experimentalmente sobre todo, los conocimientos que hoy se ofrecen para formar la maestra de escuela, — entidad completa, de rol fijo, de misión altruista y benefactora, — todo lo que pase

ese límite es superfluo, es contraproducente y es inadecuado para la mujer.

Quiero suponer una presunta madame de Staël, la más grande mujer de su siglo, en cada mujer, que ha menester de la erudición completa para manifestar su potencialidad creadora, pero esa mujer metamorfoseada por el estudio, invadiría estérilmente el campo que la naturaleza humana le señala al hombre y desertaría criminalmente de su misión de mujer.

Atrás! atrás las mujeres sabias; paso á las mujeres-maestras; y, sobre todo, paso á las mujeres-madres! que entre los arduos problemas del cálculo superior ó las pavorosas abstracciones metafísicas y el cuidado de sus hijos, obtan por éste.

Propendamos, pues, á formar maestras de escuela cada vez más preparadas y más cultas; dignifiquemos día por día esta noble profesión y sobre todo propendamos, cada uno

en su esfera, á argentinizar la enseñanza. Es esta otra tarea que espera á ustedes señoritas maestras, y en la cual deben cifrar los mejores lauros.

Si es verdad, desgraciadamente, que la educación moral está un tanto despreocupada en nuestro país, no es menos cierto que en la educación nacional nadie ha pensado aun seriamente.

Un ridículo exceso de modestia aconseja, quizás, no enaltecer los reales valimientos de nuestra patria, gloriosa y grande, pero es necesario reaccionar contra esas tendencias é inculcar en nuestros niños, cuanto más pequeños mejor, el firme convencimiento de que ningún país de la tierra tiene mayores atractivos que el nuestro, ni más sólido y hermoso porvenir, ni historia más altruista, más pura y más gloriosa!

Estudien ustedes sin cesar y en todas sus fuentes la historia de nuestra patria; profun-

disen. afanosamente el estudio de nuestra geografía y de nuestras generosas instituciones políticas, para adquirir entonces el capital que necesitarán en la misión argentinizadora que les depara la suerte.

Propendan también á una educación liberal conciliable con la tradición de nuestras tendencias sociológicas y piensen que el cosmopolitismo de nuestras costumbres, emergidas del cosmopolitismo social en que nos desenvolvemos; engendra un saludable cosmopolitismo en las ideas que excluye necesariamente el predominio absoluto de una determinada moral religiosa.

Y recuerden sobre todo, que nada más dúctil en la vida que el alma de un niño cuyas primeras impresiones, como he dicho, son imborrables, — y midan y ponderen cuidadosamente la naturaleza de las enseñanzas que les brindan.

Un ejemplo de como perduran las primeras impresiones vienen á mi mente en este momento, y viene en auxilio de cuantos me escuchan, quizás fatigados ya.

Para aprender las primeras letras, — « y que ha llovido de entonces acá » — me pusieron mis padres en un colegio inglés que dirigía en Buenos Aires, un viejo educacionista llamado Froward. — Hay casualmente en esta ciudad un sabio profesor de química, á quien todos ustedes conocen, cuyo parecido fisicoesacabado con aquel mi viejo maestro, — y esto me hace mirarle con mayores simpatías de las que naturalmente provoca.

Las prolijas recomendaciones de mis padres en el sentido de que se me tratara dulcemente, — ¡ lo que no era habitual en las escuelas de entonces ! — me hizo pensar, con la precocidad natural que el propio interés despierta, en que podía ampararme de las inmunidades consiguientes y quizás levanté de-

masiado frecuentemente la nota de mis impertinencias infantiles.

Bien, pues, aun me parece estar oyendo la palabra casi afectuosa con que el viejito Froward me reconvenia, dándome, al par, un consejo lleno de sabia experiencia. — Acariciándome paternalmente, á raíz de las reconvenciones del caso me decía, casi emocionado, mister Froward :

— No abuse, no abuse de la paciencia, mi amigo !

Sigo el consejo en obsequio de todos los que me escuchan y termino con un voto para ustedes, señoritas maestras :

·Sed felices.



